

Militantes del PNV analizan la lucha armada

Michel Wieviorka

En nuestra obra aparecida en Francia y luego en España con el título *El Terrorismo* ¹, una gran parte está consagrada al análisis de la violencia política de ETA. El estudio se basaba entonces en fuentes documentales clásicas, pero también en dos intervenciones sociológicas mantenidas, una con antiguos miembros de ETA que habían abandonado claramente la lucha armada pero deseosos de reflexionar sobre ella, y la otra con activistas que procedían de la galaxia de HB, y de sensibilidades rupturistas.

En su versión completa, demasiado larga para ser publicada tal cual, la investigación incluyó también otras dos intervenciones sociológicas mantenidas con miembros del PNV, deseosos también ellos de reflexionar sobre la violencia de ETA y sobre la relación, dolorosa, que mantienen con ella. Estas intervenciones han consistido en reunir un primer, y luego un segundo grupo de una decena de militantes del PNV. Cada grupo se ha reunido en total unas veinte horas, en el curso de las cuales los investigadores han lanzado los debates e introducido las hipótesis relativas a la violencia en Euzkadi, y a la muy particular relación que el PNV mantiene con ella.

El texto que presentarnos da cuenta, por tanto, de esta parte de nuestro trabajo, que hasta la fecha no ha sido publicado. Data de una fecha concreta -la investigación finalizó en 1987-, y sabemos bien

¹ Baretltna, 1991.

que, desde esa época, el PNV y sus militantes han vivido un recorrido histórico y unas transformaciones nada despreciables. Hay que considerar, pues, este documento como una incursión en una coyuntura determinada, como un esfuerzo de análisis aportado por los militantes vascos que pertenecen a una formación que se opone a la violencia de ETA, pero que, como esta organización, se remite a la nación vasca.

El PNV encarna desde su creación en 1895² un nacionalismo cuya crisis engendró en varias ocasiones una fuerte radicalización de los militantes, especialmente en 1932 con el nacimiento en su seno del movimiento *Jagi-Jagi*, mixto de intransigencia nacionalista y de anticapitalismo, después en el momento del nacimiento de ETA o, más tarde, en los primeros años setenta cuando EGI, su organización juvenil, entró de manera masiva en ETA. Hasta la transición democrática el PNV ayudó mucho a ETA, la mayoría de las veces con discreción, y sus dirigentes se consideraron a menudo como los padres de estos activistas cuyos métodos no aprobaban, pero para los cuales sentían estima y simpatía. Luego fue acusado muchas veces de apoyarse en la lucha armada para ejercer una presión eficaz sobre el Estado español. Al revés, se ve tachado de autonomismo por los independentistas que le consideran como un actor «descafeinado» cuya hostilidad creciente a la lucha armada no es más que la expresión del abandono del único objetivo que valga para una organización nacionalista: la consecución de un Estado. Pero ¿es cierto que haya que mantener la ecuación que asocia lucha armada e independentismo? Sabemos ahora que lo que origina la violencia, en Euzkadi, es la preocupación por la construcción de un movimiento vasco total, al mismo tiempo nacional, social y político³. La definición sociológica del modelo de acción del PNV en el que se encuentran esas tres dimensiones, con modalidades específicas y sin desembocar en la lucha armada, debería de permitirnos comprender mejor la producción de la violencia en Euzkadi sur.

² Una literatura abundante trata sobre los orígenes del PNV, del primer nacionalismo y de sus ideologías. CL, sobre todo, LARRONDE, JEAN-CLAUDE, *El nacionalismo vasco. Su origen y su ideología en la obra de Sabino de Arana*, San Sebastián, 1977; CORCUERA ATIENZA, JAVIER, *Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco (1876-1904)*, Madrid, 1978; ELORZA, ANTONIO, *Ideologías del nacionalismo vasco (1876-1987)*, San Sebastián, 1978.

³ Para más precisiones, cf. nuestro libro *El Terrorismo*, antes citado.

Militantes del PNV analizan la lucha armada

Por último, el PNV es hoy un partido de gobierno, instalado firmemente en Vitoria, y que administra, además, numerosos municipios. Frente al poder central representa a la comunidad vasca, y ejerce una presión institucional importante. Lo que está en juego en esta presión es la consecución o la ampliación de las competencias propias de las regiones vascas. Bajo este punto de vista le concierne directamente el tratamiento político de la lucha armada. ¿No es fundamental, pues, estudiar cómo un actor nacionalista puede ser capaz de contribuir a la extirpación de la violencia que se define ella misma como nacionalista?

Es por todo ello por lo que hemos constituido dos grupos de intervención, formados por militantes del PNV o gente *allegada*, reunidos de manera muy diversificada. Son militantes de un partido pluriclasista, actor dirigente en Euzkadi pero actor contestatario frente a Madrid. Hemos consagrado las tres jornadas de trabajo de cada grupo a sesiones en las que los investigadores intervenían de manera muy directa para introducir los elementos de análisis que tenían que discutir y profundizar los militantes. Este texto da cuenta del conjunto de los debates de esos grupos, que llamaremos grupo A y grupo B.

1. Ante la lucha armada

Para los militantes del PNV analizar la lucha armada es analizar conductas de otros actores. Pero ¿se trata sólo, de verdad, de conductas ajenas?

En los dos grupos, los más viejos indican que no sólo ayudaron a muchos *etarras*, sino que también al menos algunos de ellos formaron parte de ETA. «Todos estábamos de acuerdo», dice Xalba, y Gorka precisa: «los ayudé a pesar de lo que nos decían nuestros dirigentes del PNV: corréis el peligro de hacer caer el aparato... ¿Miedo a la represión? El PNV se sentía también desbordado por ETA, la protegía prohibiéndose todo diálogo con ellos. Tenían miedo que estos jóvenes escapen del control de la dirección del partido?». Por eso es por lo que eran más bien apoyos personales y no un apoyo asumido por el Partido. A veces con un sentimiento de culpabilidad: «luchaban por unos derechos, dice Ander, hacían lo que yo no me atrevía a hacer».

Pero hoy, ¿se han separado las aguas de verdad?; ¿hay oposición neta e irreductible a ETA? En ambos grupos se oyen voces que explican que nada es tan simple. Jon «amó a ETA» y se pregunta si la ama todavía. Egidi comparte su indecisión y Edorta nota que resulta difícil luchar contra aquellos «con los que combatieron codo a codo, contra la dictadura». Euxebi cuenta cómo, hace poco, ha facilitado la huida de un miembro de «un comando de información perseguido por la policía. Gracias a mí se escapó y me alegro de esto. ¡Corro el peligro de tener seis años de cárcel!». Y precisa: «éstos resultan tan cercanos, son amistades tan íntimas». Pero, en general, el tono dominante es el de la hostilidad: no quieren apoyarles ya, no les abrirían la puerta, y si uno está dispuesto eventualmente a proteger a un *etarra* no es más que por odio a la Guardia Civil, que es la expresión más brutal del colonialismo español. Pero ahora la lucha armada ya no es aceptable, y la primera idea que aparece para explicarla es la de la inversión.

1.1. *Inversión e instrumentalización*

La teoría espontánea que se desarrolla en los dos grupos se refiere por una parte a la crisis —desempleo, problemas económicos, sectores cada vez más importantes que se marginan— y por otra parte, sobre todo, a la imagen de una pérdida de sentido. hidro considera que existe una «gangsterización de la lucha». A Ibon le parece que «matan sin ningún sentido, con indiferencia, de cualquier modo...». Lader y Paulo y otros muchos insisten: quieren volver a la dictadura, sólo piensan en destruir, instrumentalizan a los marginados o a los inmigrados que hacen acciones radicales para integrarse mejor en la comunidad vasca. «Lo hacen todo para que todo fracase» y, especialmente, la toman con la estructura de producción del país. ETA ha perdido sus calidades morales; hasta le acusan de favorecer el tráfico de droga y de sacar provecho del mismo: «si matan a traficantes -afirma Idoia- es en tanto que rivales». Además ha perdido sus capacidades técnicas y militares, impresionantes en el momento del asesinato del almirante Carrero Blanco.

Abundan ejemplos que alimentan las representaciones iniciales, anteriores a los primeros esfuerzos de análisis. No constituyen verdaderamente una sorpresa, salvo en el tono adoptado, que es más bien

sereno. Aún más, aquí se subraya que los procesos que transforman a ETA en un antimovimiento vienen sobre todo del carácter ciego de la represión y de la inexistencia de posibilidades de salida para los jóvenes que intentan reinsertarse, que no pueden encontrar un empleo y que «se zambullen otra vez» cuando son detenidos y torturados de manera indiscriminada.

La imagen de una acción que se ha vuelto absurda aparece siempre acompañada de la de una instrumentalización que quita todo sentido a la acción de los protagonistas de la violencia y lo reduce todo a un juego de fuerzas exteriores al movimiento. Para Ixidro, Euzkadi es una región bisagra en la que potencias extranjeras tienen interés en crear focos de tensión, e incluso hay un acuerdo implícito entre las autoridades francesas y españolas para mantener disturbios y violencia en el País Vasco. Para Julen es más la Unión Soviética la que instrumentaliza la lucha armada. Por último, son muchos los que afirman que el PSOE y el gobierno socialista son responsables de la aceleración de la violencia. El PSOE no es presentado sólo como un partido estatalista, centralizador, opuesto al nacionalismo vasco por su nacionalismo español, sino también como un partido maquiavélico. Al oponerse a la legalización de HB, el gobierno central lo transforma en una víctima. Al publicar fotos de las personas torturadas por la Guardia Civil, Madrid excita la opinión vasca, debilita la contestación y sirve los propósitos de ETA YHB. La acción de ETA es provechosa para Madrid, que la presenta como el portavoz del nacionalismo vasco y «margina de esta manera al pueblo vasco». Total, «Madrid tiene con ETA un instrumento magnífico para mantener aquí fermentos de violencia y debilitar al PNV». Es Idoia la que tiene las sospechas más extremas; se dice «convencida de que la policía ha infiltrado a ETA y controla su aparato».

El conjunto de estas representaciones pertenece a las categorías del discurso espontáneo, y los investigadores no las dejan desarrollar-se mucho. Proponen a cada grupo los elementos de análisis que, rápidamente, van a permitir la superación de ese tipo de razonamiento.

1.2. Nación, luchas sociales .y revolución

Simplificado al extremo el razonamiento general de los investigadores aparece el concepto de nacionalismo revolucionario: la lucha armada es obra de gente que pretende hablar, al mismo tiempo, en

nombre de la Nación y de la Revolución. El nacionalismo puro o el marxismo-leninismo puro engendran mucha violencia. Ambos grupos aceptan de buen grado este punto de partida y se interrogan sobre la parte respectiva del nacionalismo y de las ideologías revolucionarias en ETA. Aquí se trata de una aproximación histórica, nutrida de ejemplos que proceden a menudo de la experiencia personal de unos y otros. Se confirma que, al principio, ETA es ante todo nacionalista y que se ha cargado de temas revolucionarios que han Hegado a ser predominantes. Aquí el marxismo-leninismo es presentado esencialmente como un producto de importación, ajeno al pueblo vasco y que, como dice Euxebi, «ha venido a utilizar nuestro nacionalismo, a sacar provecho de nuestra frustración nacional». Ha sido muchas veces importado por ideólogos «que venían de Madrid a darnos lecciones sobre 10 que debía ser la divina revolución vasca»; que venían en realidad «porque Euzkadi era el lugar de Europa donde la revolución aparecía más posible». En los dos grupos se pronuncian los nombres de Alfonso Sastre, Eva Forest o Justo de la Cuenca con ira y desprecio. Esta «infiltración» se ha realizado también en las cárceles de Francia en las que los nacionalistas vascos se codearon mucho tiempo con militantes comunistas.

Así, muy rápidamente, los dos grupos aceptan la imagen de una ETA que integra los dos componentes principales, nacional y sociopolítico, e imaginan escenarios de política ficción en los que se disociarían dichos componentes. «Si los nacionalistas de ETA abandonaron la lucha armada», dice Idoia, «nos reuniríamos», concluye Ibon. Lo que separa a ETA y el PNV no radica, de momento, en el nacionalismo sino en el tipo de sociedad que se quiere promover: «eHos quieren un sistema totalitario».

Para precisar su punto de vista, los investigadores presentan a cada grupo la matriz general del movimiento vasco, como esfuerzo para integrar en una misma lucha significaciones sociales (en referencia al movimiento obrero y a los nuevos movimientos sociales), políticas (revolucionarias y marxistas-leninistas) y nacionales. Se trata para eHos de comprobar hasta qué punto es aceptable esta representación, de la que depende todo el análisis.

Los dos grupos reciben ese modelo de manera positiva. Para los militantes del grupo A constituye la primera ocasión de leer la violencia refiriéndose a luchas sociales. Esta lectura se apoya en la actualidad y no en la acción obrera de los años setenta. Existe en efecto

una acción social en ETA, pero es tan radicalizada que se vuelve negativa. Kepa y Koldo, directores de empresa los dos, dirigen el cartro: el sindicalismo rupturista de LAB, que efectivamente comunica con ETA, mantiene reivindicaciones no negociables que, finalmente, debilitan el movimiento obrero. Es suicida, tan autodestructor como destructor, pero puede también hacer doblegar a los patronos. «Cuando negociamos un convenio sabemos que la metralleta está debajo de la mesa», y el impuesto revolucionario, las amenazas, la violencia difusa, todo eso crea un «ambiente emponzoñado». Igual con la lucha antinuclear: la lucha armada no ha tenido más que una consecuencia, su debilitación: «Si se hubiera hecho un referéndum después de la muerte de Ryan y del ingeniero Pascual, los antinucleares habrían votado sí a la central de Lemóniz para desolidarizarse». Resulta claro, pues, para el grupo A, que existe una relación entre acción social y acción armada, pero este lazo aparece muy deteriorado: o conduce la acción social a su perdición o, en la mejor hipótesis, cuando es expresión de algo, da forma a la rabia de sectores radicalizados.

En el grupo B la matriz presentada por los investigadores sirve primero para leer la historia de ETA en los años sesenta y setenta. Pero aquí, los militantes se resisten a ver en ETA un espacio central de gestión de diversas significaciones. Para Idoia los obreros nunca reconocieron a ETA como portadores del sentido de su acción, nunca aceptaron los sindicatos que la lucha armada se ingierese en sus reivindicaciones. ETA pudo encarnar la lucha contra la dictadura, por las libertades y la lucha nacional, pero no constituyó nunca un espacio de tratamiento de las demandas sociales. De manera más general pone en tela de juicio la idea de una violencia instrumental al servicio de las luchas sociales: es ETA quien instrumentalizó las luchas sociales y no lo contrario. «Cuando una acción de barrio o una lucha obrera se desarrollaba y parecía que iba a resultar algo, ETA hacía un secuestro en el momento en que todo iba a arreglarse.» Los investigadores admiten una distancia efectiva entre la lucha social y la lucha armada evocando la figura de un obrero que había hablado de la elección imposible pero necesaria entre actividades sindicales, incluso clandestinas, y la lucha en ETA. Pero, sin embargo, mantienen la idea de un lazo simbólico y, muy pronto, Pello y Julen les apoyan, y muestran con ejemplos concretos que hubo una «afinidad obrera» con ETA y que «el encuentro tuvo lugar efectivamente». En la gran

empresa Euskalduna, por ejemplo, «la gente de las Comisiones Obreras intentaban acercarse al nacionalismo dando dinero para los presos». Es de notar que incluso para los que aceptan la idea de un acercamiento, se concibe como aportación exterior más que como dinámica propia del movimiento vasco.

Idoia sigue manteniendo su punto de vista. «Los obreros aceptaban la lucha armada sólo bajo la condición que no interfiriera en el proceso obrero», y con ella el grupo admite la imagen de ETA como lugar central del movimiento vasco bajo Franco. Pero finalmente los ejemplos dados por unos y otros que muestran los lazos que hubo entre acción obrera y lucha armada son lo bastante numerosos y convincentes como para obligar al grupo a matizar sus declaraciones y reorientar su análisis. El trabajo de ETA sobre sí misma, las tensiones internas, las escisiones son un signo de las dificultades que tiene esta organización para hacerse cargo de significaciones sociales que se resisten mucho a toda tentativa armada.

¿Validan estos debates las hipótesis de los investigadores sobre la índole de la violencia en Euzkadi? Seguramente sí. Los dos grupos, después de un punto de partida que reducía la lucha armada a un proceso de inversión que daba lugar a toda clase de instrumentalizaciones, entra en análisis en los que la producción de violencia resulta de la voluntad de integrar significaciones nacionales, políticas y sociales, y de las dificultades crecientes de ETA para mantener este conjunto de significaciones.

1.3. El drama de los que han abandonado la lucha armada sin renunciar a sus significaciones principales

El grupo B, de entrada, acepta en gran parte el razonamiento de los investigadores: la lucha armada ha sido el único modo de integración posible a un nivel de proyecto alto, de una acción que pretendía ser nacionalista, revolucionaria y de clase; los que la han abandonado han tenido que limitar necesariamente sus ambiciones y, en algunos casos límite, acabar con el pasotismo.

Pello nota primero que la renuncia a la violencia es posterior al abandono de «los valores» de la lucha, que compara a una «bandera partida en dos desde la época *milis-polimilis*: la ikurriña por una parte y el trapo rojo por otra». Pero pronto el grupo se orienta hacia una

interpretación que se aparta del análisis de los investigadores: si antiguos *etarras* han desertado de la lucha armada es porque no eran verdaderamente nacionalistas. «Su nacionalismo no era más que una botella», explica Pello, un continente para una acción que era ante todo social y revolucionaria. «No era una convicción auténtica.» Se recuerda que desde la muerte de Franco esos activistas «abogaban por un frente de clases antes que un frente nacional» y que «entonces se burlaban de sus acciones tanto como aplaudían las de los *milis*. ¡Y además se debajaban cogerL..». Identificado con los *polimilis* de ayer y Euzkadiko Ezquerria de hoy, este tipo de actor habría sido la expresión de un marxismo más o menos revolucionario, disfrazado de nacionalismo para «poder infiltrarse aquí». Ahora «son dominados por corrientes procedentes del PC» o tentados por un acercamiento al PSOE.

¿Se habrían equivocado los investigadores? Dos intervenciones corrigen esta interpretación. La primera es la de Xalba, que no acepta la imagen que acaban de presentar Pello, Idoia e Ibon. Muchos en Euzkadiko Ezquerria son nacionalistas. «La única diferencia entre ellos y yo radica en los medios de conseguir la Nación. Ellos consideran que es a partir de lo social, de la lucha de clases.» La segunda, más decisiva, es la de Patxi, guipuzcoano, que declara que en San Sebastián «su nacionalismo no puede, en absoluto, ponerse en duda», y dice que «suscribe el análisis de los investigadores. El fracaso de esta gente es que en cada tema encuentran a más fuertes que ellos: al PNV en el nacionalismo, al PC en el marxismo y, en tiempos de los *polimilis*, a los *milis* en la lucha armada».

1.4. ETA, HEY los movimientos de base

En el esquema elaborado por el grupo rupturista ⁴ después de largos debates con los investigadores, la lucha armada está en el centro de un sistema de luchas a las que da forma y dirige. Es el lugar de un tratamiento general de este sistema de lucha. Contestaciones de base definidas cada una por un espacio propio y limitado, gracias a ETA pueden situarse en el interior de un proyecto global. Pero ¿puede de verdad aceptarse este carácter central de la lucha armada, esta

⁴ eL *El Terrorismo*, pp. 319-325.

imagen de relaciones armoniosas entre movimientos sectoriales y una organización militar depositaria del sentido más elevado de la acción?

Los grupos A y B admiten de buen grado el principio que funda el razonamiento de los actores rupturistas. Aceptan fácilmente esta idea de un lugar central, la lucha armada, que es formado por toda clase de conflictos a los que da forma. Aceptan también la idea de un lugar intermedio, HB, que organiza el tratamiento político de una acción cuyo epicentro es ETA. «El esquema explica bien cómo se reúnen todos estos grupos tan heterogéneos», dice Mikel. En cambio, lo que rechaza el grupo es la interpretación de los actores rupturistas respecto a la índole de los lazos que unen a ETA y HB por una parte, y grupos y organizaciones de base, sindicatos, gestoras proamnistía, asociaciones de barrios, etc., por otra.

Edorta afirma que «HB hace la suma de grupos que se definen cada uno por una negación particular». Las luchas animadas por HB y ETAno son positivas, luchas orientadas hacia un contraproyecto; no son capaces de negociar algo concreto que esté en juego. Lo que quieren, dice Paulo a propósito del sindicato LAB, es «mantener una situación de crisis y no lograr resultados». En los dos grupos se desarrolla la imagen de luchas de bases reducidas a conductas de crisis, pero también, y sobre todo, instrumentalizadas y descompuestas por ETA y HB. «El movimiento antinuclear no les importa», dice Pello. «Han desvitalizado el movimiento antinuclear, las asociaciones de barrios, las luchas sociales espontáneas», afirma Idoia, no permiten a ninguna lucha que se desarrolle de manera autónoma. Se considera de manera muy amplia que se esfuerzan por «tener incidencia sobre estas luchas para debilitarlas y reunir las mejor tomando como base la rabia».

Hay que subrayar esta idea y precizarla. Para nuestros militantes del PNV, la acción animada por ETA y HB no desemboca simplemente en la destrucción de las luchas de base. Mucho más, las descompone, las cambia en conductas de crisis, en rabia. Idoia es la que va más lejos en este razonamiento: ETA y HB no tienen interés en que desaparezcan esas luchas sociales, sino en «recoger la cólera y el voto de los marginados». Xalba comparte su opinión: «es la única manera para ETA de minar las instituciones: la revolución exige un país calcinado».

Un grupo de intervención tiene siempre la tentación de instalarse en representaciones negativas de sus adversarios políticos y sociales,

y el grupo B parece a veces complacerse en análisis que prolongan los de los actores rupturistas, pero invirtiendo el sentido. Para él, la lógica general de la acción de ETA y HB consiste efectivamente en mantener este conjunto complejo de significaciones más o menos heterogéneas pero con fines revolucionarios y convirtiendo conductas sectoriales de conflicto en conductas de crisis y en rabia generalizada.

Pero ¿corresponde completamente este razonamiento a los hechos? A la mayoría de los miembros del grupo B le es fácil oponer la seriedad constructiva del PNV a la voluntad destructora de ETA y HB. Sin embargo esta unanimidad va a estallar cuando Xalba y, sobre todo, Txomin describan la realidad de las luchas de base en sus barrios.

Xalba dice que en su barrio «hay muchas ocasiones. En cada una de ellas, aunque haya sólo tres miembros, siempre hay uno que es de HB y, además, siempre el más capacitado». Txomin dice que le extraña el discurso dominante en el grupo; tiene que constatar que en su barrio existe un formidable dinamismo de las organizaciones vinculadas a HB. «Animan toda clase de actividades... y los jóvenes ahora están con ellos. Dicen que todos los que tienen que protestar por cualquier cosa pueden ir con ellos. Esa es la base del apoyo aETA.»

El grupo cambia de tono: Idoia reconoce que el PNV no se implica bastante en los barrios, y otros evocan los métodos que utilizaba HB para radicalizar las demandas sociales manteniendo una presión asamblearia frente a los municipios o a los empresarios. El grupo se estabiliza entonces en una representación que no es incompatible con el modelo de acción dibujado unos meses antes por el grupo de actores rupturistas con el que hemos mantenido otra intervención sociológica. Es posible que la lucha armada y HB destruyan los movimientos sociales pero, sobre todo, son la expresión de la vertiente radical de esos movimiento cuando el PNV puede, en la mejor de las hipótesis, institucionalizar ciertas demandas y no hacerse cargo más que de las reivindicaciones moderadas.

Esto sugiere que el conjunto de las acciones animadas y controladas por ETA y HB se apoya en un *principio de disociación de los movimientos sociales o políticos*. Estas organizaciones se alimentan en el lado oscuro de los actores en las reivindicaciones defensivas, orientadas a la ruptura, cerca de las conductas de crisis. Otros actores, entre ellos el PNV, se dedican al tratamiento del lado moderado, negociador, de los actores. La imagen de una inversión total, de con-

ductas de pura crisis y de destrucción se ha mantenido mucho tiempo en el grupo B antes de atenuarse considerablemente para validar, precisándolo, el modelo de acción elaborado en el seno de actores rupertistas estudiado unos meses antes.

2. El autoanálisis del PNV

Los grupos A y B, antes de examinar cómo su partido podría contribuir a la extirpación de la lucha armada, van a comportarse ahora como actores de una lucha que se construye alrededor de tres ejes: la Nación, el Estado, la Sociedad.

2.1. *Autonomía o independencia*

¿Militar en el PNV es afirmarse independentista o esforzarse por salvaguardar lo conseguido -el Estatuto- e intentar ampliar las competencias contenidas en la actual autonomía?

Las dos posturas están presentes en cada grupo y no dejan de entrar en conflicto provocando debates muy instructivos.

A primera vista la actitud estrictamente independentista es completamente minoritaria en los grupos, como en el PNV. Casi todos abogan por el realismo, condenan la demagogia de los que quieren todo o nada. El tema independentista de la construcción de un Estado vasco con todos los atributos de un Estado moderno (policía, diplomacia, ejército, moneda, justicia, etc.) les parece utópico. Pero basta con que surja una voz, por muy aislada que sea al principio, para que entren en crisis las posturas autonomistas.

Las primeras reacciones cuando se critica el autonomismo empiezan recordando que el pueblo vasco tiene una «personalidad histórica», nunca renunciará a su independencia. En cuanto al PNV, primero, no votó la actual Constitución y «nunca renunció a modificarla». Luego y sobre todo aceptó el Estatuto sólo y exclusivamente porque menciona expresamente los derechos históricos de la Nación. Más allá de la autonomía el horizonte es la independencia, pero no es posible reivindicarla concretamente en la coyuntura actual. «Es un sueño -dice Koldo- como el de ganar los 100 metros olímpicos.» Euxebi e Idoia insisten en los ideales culturales o de libertad, más impor-

Militantes del PNJI analizan la lucha armada

tantes para ellos que la construcción de un Estado propiamente dicho. Pello se vuelve escéptico: «Un Euzkadi libre que no sea independiente ¡no existe!», y, de momento, «no hemos conseguido nada». Son argumentos exagerados pero dan en el blanco, porque resulta difícil declararse satisfecho de una situación en la que está la Guardia Civil en todas partes, en la que la policía judicial es directamente controlada por Madrid, en la cual el porvenir del País aparece todavía bajo una relación de dependencia.

Por eso es por lo que esos llamamientos a la independencia obtienen varias respuestas. Hay escapatorias, rechazo puro y simple ensueño sin fundamentos, pero que vuelven sin embargo varias veces. ¿No reside la solución en una Europa de los pueblos o de las etnias? ¿No se plantea mal el problema? ¿No hay que admitir de una vez para siempre que ningún país es verdaderamente independiente excepto, tal vez, Estados Unidos o la Unión Soviética, y luego abandonar esos proyectos arcaicos, ignorantes de las realidades del mundo contemporáneo? Después de estas primeras respuestas se hace otra, muy diferente: independentismo quiere decir lucha armada. Ahora bien, ésta arruina los logros no despreciables del posfranquismo y además es síntoma de una violencia que se condena claramente. Por otra parte esta independencia, que quieren ETA y HB, ¿no desemboca en un régimen totalitario, dirigido quizá por Moscú?

A pesar de todo, el principal modelo de referencia no radica en la escapatoria ni en el rechazo humanista de la violencia. Frente al independentismo puro y duro, la mayoría de los miembros de los dos grupos explican que hay que utilizar permanentemente las posibilidades contenidas en el Estatuto, desarrollar las instituciones y la ciudadanía vasca, reforzar la participación en la democracia interna y seguir presionando sobre Madrid pero sin recurrir a la fuerza. Cuanto más se construye la casa más el gobierno central tiene que retroceder.

El tema de la independencia, al introducirse en el debate, suscita un conjunto de respuestas diversificadas, dominadas por la idea de un combate democrático por más autonomía, frente a Madrid, y más ciudadanía, en el interior de Euzkadi. Pero no se estabiliza ninguno de los dos grupos, A y B, en una configuración mayoritariamente autonomista. Lo que caracteriza la noción de independencia es que despierta en cada uno sentimientos, al parecer ocultados por un realismo moderado pero que provocan siempre ecos favorables en contra-

dicción con las posturas autonomistas defendidas al principio. Basta con que Pello evoque la mención «español» sobre el carnet de identidad o que Ander compare Euzkadi con California «donde no se ve más que la bandera americana» para que, acto seguido, en medio de una viva confusión surjan profesiones de fe independentistas que desmienten la configuración anterior. El nacionalismo es el elemento central del militarismo en el PNV. Eso ya lo sabíamos. Pero tenemos que constatar en varias ocasiones la fuerza impresionante del independentismo que brota por arrebatos antes de ser domeñado y ahogado otra vez por el llamamiento a la razón.

2.2. *Nación y democracia*

El tema de la independencia se basta a sí mismo y apela a un Estado vasco con el que la colectividad solucionará sólo sus problemas y conflictos internos. Pero en nuestros grupos, fuera de los brotes independentistas siempre de poca duración, la expresión autonomista del nacionalismo exige la referencia a un tema que le es fuertemente asociado. El paso del independentismo al autonomismo significa que la acción nacional acoge preocupaciones democráticas.

En una situación de dependencia, un partido como el PNV que quiere al mismo tiempo luchar contra el poder central y desarrollar una acción política en el seno de las instituciones propias de su comunidad tiene dificultades. Como dice Gotzon: «Cuando se negocia con Madrid está mal visto aquí y cuando se negocia con HB está mal visto en Madrid.» hidro expresa bien el problema de su partido: «No hay que cerrar la puerta del futuro, luego de la independencia, y tampoco hay que pedir demasiado, o demasiado rápido, frente al PSOE. Hay que encontrar un equilibrio a través del juego constitucional y estatutario.»

Para nuestros grupos, este equilibrio exige una concepción democrática de la acción política, y eso implica dos cosas: primero el PNV tiene que ser capaz de conformarse, en Euzkadi, con las reglas del juego democrático; aún más, tiene que ser una fuerza decisiva, en tanto que partido de poder, para construir y desarrollar un sistema democrático. Luego, frente a Madrid, la presión tiene que ser institucional y negarse a todo recurso, directo o indirecto, a la violencia.

Digámoslo claramente: todos los militantes de nuestros dos grupos manifiestan un sentido profundo y auténtico de la democracia, y

la mayor parte de ellos están convencidos de que la mejor respuesta a los que hablan de independencia pasa por el reforzamiento de la vida política e institucional de Euzkadi. La Nación para ellos no puede dissociarse de un esfuerzo duradero y determinado para desarrollar instituciones representativas, mejorar la participación popular, favorecer la negociación entre los actores sociales y políticos y crear lugares de tratamiento de las demandas sociales: «Cuanto más podamos desarrollar este proyecto menos independencia pedimos.» Sin embargo, señalan dos obstáculos en esta vía.

El primero es interno. No basta con lograr libertades de asociación y de expresión, con fomentar un sindicalismo negociador, con dotar al País de instituciones numerosas y activas para crear una sociedad fuerte y viva. La formulación optimista de Xalba que hace la apología de las actuales realizaciones es contestada enérgicamente por Pello y Julen, que constatan una superpolitización de los actores sociales. Muchos militantes son nombrados concejales o parlamentarios, se desconectan de la base, y muchos ya no son más que funcionarios que, desertando de las prácticas contestatarias de base, la abandonan al radicalismo, a la rabia o al pasotismo. Tras el vocabulario de la democracia y de la participación, ¿no se ve la instalación de un cuasi-Estado que tiene una vocación más clientelista que desarrollista y modernizadora, y que para constituirse absorbe las energías militantes en detrimento de la sociedad?

Pero el problema esencial es otro. Es que «a cada paso, Madrid nos pone trabas». ¿Cómo construir un sistema institucional, desarrollar una auténtica ciudadanía vasca si el poder central se opone, o se resiste a ello? La independencia propiamente dicha no puede negociarse. Todo lo que se acerca demasiado a la independencia es inaceptable para el Estado español. La vía escogida por el PNV es estrecha. «Por ello es por lo que -dice Idoia- no podemos descalificar completamente a los que hablan de un Estado independiente a través de la lucha armada. En la práctica el hecho de no ser independiente es una agonía perpetua.» Por eso nadie excluye que «un día tengamos que reivindicar la independencia porque resultará imposible desarrollar el Estatuto de autonomía con el Poder central».

Así nuestros militantes del PNV manifiestan una fuerte determinación, y se siente que el horizonte, para ellos, es la independencia conseguida paso a paso. Es necesario subrayarlo, porque las luchas de liberación nacional en el mundo contemporáneo aparecen tantas

veces como asociadas al uso de las armas que es necesario insistir aquí en el carácter original de una acción que no quiere contentarse con una autonomía y que es capaz de presionar de manera eficaz sobre el poder central sin recurrir a la fuerza armada.

2.3. *Un partido pluriclasista*

¿Puede el PNV ser expresión de demandas sociales? ¿Puede conseguir la integración de temas sociales a la reivindicación nacional y a la acción democrática? Muy poco, en realidad.

Claro está que se puede recordar que el partido nunca fue retrogrado en 10 social, que «Sabino Arana defendió al obrero» o que José Antonio Aguirre, patrón de «Chocolates bilbaínos» fue el primero en España en acordar una participación a sus obreros. Pero el aliento de los movimientos sociales apenas se percibe en los dos grupos. Ello se nota a propósito de los nuevos movimientos sociales apenas evocados y mal entendidos, pero se ve aún más claro respecto al sindicalismo obrero.

Los investigadores habían tenido algunas dificultades antes de conseguir la participación en el seno del grupo A de Paulo, un militante de ELSA, sindicato al que unos lazos históricos muy fuertes con el PNV y una referencia común a la nación vasca no impiden afirmar claramente una autonomía efectiva. En cambio, varios directores de empresas participan en la investigación, y el debate en que dos de ellos, Kepa y Koldo, se oponen a Paulo es muy interesante.

El punto de partida de la discusión es la crisis económica con la idea, ampliamente compartida, que de su solución depende en gran parte el declive de la lucha armada. Están explicando Kepa y Koldo que los sindicatos obreros son débiles en Euzkadi, que deberían aceptar el principio de la flexibilidad del empleo. Para ello deberían adquirir capacidades económicas y rodearse de expertos realistas. También deberían tomar conciencia de la situación específica del País, en el que los costos salariales son superiores en un 20 a 30 por 100 al promedio español. De golpe la cólera de Paulo estalla. Exige que «se deje de echarles la culpa de la crisis a los sindicatos y a los trabajadores», indica que «los directores de empresas tienen el poder, controlan el gobierno» y son, pues, los principales responsables. Enumera la lista de los pactos sucesivos que su sindicato aceptó firmar para

la promoción del cambio político y la democracia «sin obtener nada. Ello nos ha debilitado y ha reforzado el sindicalismo de LAB y de los grupos extremaizquierdistas». Koldo le contesta secamente que todo iría mucho mejor si, al contrario de lo que dice, hubiera más empresarios en el gobierno vasco y si los sindicatos fueran menos demagogos para «atrapar afiliados». Kepa, más conciliador, declara que «la crisis nos ha caído encima a todos, patronos y obreros», y que no había querido echarles la responsabilidad de la crisis a los sindicatos. Paulo, muy nervioso, se aferra a su opinión: «Vuestro pacto social es: trabajadores, ¡limitad vuestras pretensiones, si no vamos a echar a pique!... ¡Las reivindicaciones obreras son moderadas y sin embargo se acusa a los sindicatos de provocación!»

El debate es muy tenso y ocupa lo esencial de una sesión de trabajo. Expresa de manera clásica un conflicto de clase en una coyuntura de crisis económica. Claro está, desemboca en una pregunta que no se puede evitar: ¿Cómo un partido como el PNV, cuyos militantes pueden definirse por un conflicto de clase, puede integrar posiciones sociales tan contradictorias en el interior de un mismo proyecto, en la misma acción política? ¿Cómo dar razón a los unos o a los otros, a los patronos que hablan de economía y empresa y a los sindicalistas que presentan reivindicaciones obreras? Ayer, cuando todavía no se había instalado la democracia, la acción política y nacionalista podía tener la primacía, delante de la acción social. ¿Pero hoy? En el grupo se desarrollan dos respuestas.

La primera hace referencia a la imagen de un modelo de relaciones sociales que el PNV debería promover. Se trata de un catálogo de fórmulas que tienden todas a templar o minimizar los conflictos laborales. Se evocan varias veces las cooperativas de producción, numerosas en Euzkadi efectivamente, y especialmente la más famosa, la de Mondragón, que recibe visitantes del mundo entero, incluso de Japón. Se habla también de cogestión, de participación, de mejorar los circuitos de información, se desean relaciones armoniosas conformes con la tradición de la pequeña y mediana empresa vasca en la que patronos y obreros se tutean y frecuentan los mismos *batsokis*.

La segunda respuesta remite más directamente al papel del PNV en tanto que partido de gobierno. El aparato gubernamental, notan Kepa y Koldo, agobia a los empresarios, no interviene bastante o interviene mal en materia económica. La legislación, que depende de Madrid, hace difíciles los despidos y obstaculiza la modernización.

Un Estado vasco más intervencionista, más desarrollista, podría imponer la flexibilidad, planear la economía, adoptar una política fiscal más favorable a la empresa. Pero, como dice Ton con humor: «Aquí, todo para los funcionarios, nada para la economía.»

Hemos visto a nuestros dos grupos afirmar con fuerza posiciones nacionalistas y, en lo político, democráticas. En lo social parecen efectivamente estar menos cómodos. Partido pluriclasista, el PNV casi no puede escoger' y expresar demandas sociales contestatarias y puede, en la mejor hipótesis, buscar fórmulas de paz social que, claro está, no están a la altura de los problemas planteados por la crisis impresionante que afecta al País. Partido de gobierno, el PNV es considerado como poco desarrollista y demasiado clientelista como para poder intervenir con fuerza en la vida económica.

Resumamos nuestras observaciones. Por una parte los militantes del PNV de nuestros grupos aceptaron analizar la violencia apoyándose en la idea de que se origina en la gestión compleja de significaciones nacionales, sociales y políticas. Por otra parte, dibujaron lo que se puede considerar como el modelo de acción del PNV. Este partido es agitado por aspiraciones independentistas. Una preocupación del realismo político y, sobre todo, la opción fundamental por la democracia y sus exigencias le hace desarrollar una estrategia moderada en la que se trata mucho más de construir un conjunto institucional vasco que una sociedad. El PNV no es un actor social. Ahora nos es posible pasar a la tercera parte de nuestro análisis, a partir de una representación clara de la índole de la violencia y de las propias orientaciones de acción del PNV, vamos a examinar su capacidad para jugar un papel activo en el declive de la lucha armada.

3. ¿Acabar con la violencia?

Sabemos que en nuestros dos grupos el rechazo de la lucha armada no se decide sin ciertos reparos que se relacionan con la experiencia común, la presencia insultante y brutal de la Guardia Civil, con las torturas y las amenazas que gravitan a causa de los poderes fácticos. Más allá de estos reparos ¿es cierto que el modelo de acción dibujado excluye todo recurso a la fuerza? Se afirmó muy claramente que la vía estrecha elegida por el PNV consiste en asociar nacionalismo y democracia para progresar hacia el horizonte lejano de la

independencia. Pero frecuentes brotes de independentismo, que estaban aislados al principio, varias veces desestabilizaron ese modelo. Por eso no es extraño oír en el seno de estos grupos voces que no excluyen el recurso a la fuerza por el movimiento mismo del que se reclaman militantes.

3.1. Unas declaraciones inesperadas

Varias veces, en los dos grupos, aflora la idea que una nueva coyuntura política podría provocar el apoyo, e incluso, una entrada en la lucha armada. Si el País padeciera otra vez la dictadura muchos lucharían codo a codo con ETA, y si esta dictadura fuese una dictadura comunista, Mikel se declara convencido de que «la propia lucha de ETA se transformaría».

Pero ¿hoy, frente a un Estado de Derecho? En los dos grupos algunas palabras inesperadas encuentran un eco impresionante. En el grupo B, Pello, cuyas orientaciones independentistas son conocidas, se declara favorable a cierta concepción de la lucha armada. Dice que «hoy apoya totalmente a ETA, pero reconociendo fallos», y añade «si vienen a decirme: vamos a combatir por la independencia pero, bueno, la única manera de conseguirla es la lucha armada, yo acepto plenamente en la medida en que me dicen que van a hacer acciones muy pensadas». Ibon se junta con él: «En tanto que nacionalista puro creo que los apoyaría si nos ayudaran a presionar contra Madrid y si consiguiéramos algo... Yo creo que los apoyaría.» Pero añade sin embargo: «Pero no con tiros.» Estos dos militantes no aceptan las orientaciones sociopolíticas de ETA pero, en cambio, se sienten muy cerca de ellos en cuanto a las opciones independentistas. Euxebi nota que «ETA es una parte del pueblo vasco», y Ander dice: «tan pronto como salgo de Euzkadi, cuando critican a ETA, inconscientemente, los defiendo».

En el grupo A no se excluye tampoco el recurso a la lucha armada. Gotzon expresa un sentimiento ampliamente compartido cuando dice: «si se cierra el camino del Estatuto tendremos que buscar otro». Ixidro reprocha a ETA que se arroge la representación del pueblo, pero no rechaza el principio de la lucha armada: «si es como método por la independencia y después de pensarla bien». En su conjunto, este grupo mantuvo siempre una actitud hostil a la lucha armada, y

llegamos al final de la última jornada cuando Jokin toma la palabra. Este hombre ya de edad madura casi no ha intervenido hasta ahora en los debates del grupo. Muy tranquilo y en medio de un silencio impresionante declara: «Si la actual ETA desaparece yo soy partidario de la primera ETA, de nuestra ETA, de aquella famosa ETA. Aquélla ¿nos gustaría abandonarla? Una ETA puramente nacionalista a mí me gustaría que siguiese existiendo.» Las palabras de este hombre de aspecto pasivo suscitan en el acto confusión, algaraza, risas nerviosas. Es el que arma el escándalo; él dice en voz alta lo que otros piensan en voz baja. En vez de oponerse a él se le pide que precise su pensamiento.

Mikel: «¿Quieres decir que no estaría mal si el partido tuviese un brazo armado?»

Jokin: «Sí.»

Xanti (poco locuaz, también hasta ahora): «¿Pero se trata de ETA con las metralletas o de la primerísima ETA con su boletín *Kemen* donde por primera vez pudimos leer *Euzkadi Ta Askatasuna*, la ETA idealista, que quería preparar a la juventud culturalmente, en la clandestinidad? ..»

Acto seguido, Edorta interroga: «¿Habríamos conseguido lo que hemos conseguido si no hubiera existido ETA?», y Koldo dice que «comprende bien a Jokin. ¿Si no tenemos nada vamos a quedarnos sin defensa frente a Madrid?». Jokin habla otra vez y dice que «en la calle hay mucha nostalgia por la primera ETA», y Koldo, de acuerdo con él, explica por qué: «cuando nuestros políticos negocian en Madrid puede ser importante que los otros, enfrente, y los nuestros también, sepan que aquí hay algo detrás de nosotros, por si acaso... bueno, es una manera muy común de plantear el problema...». «Verdad, precisa Edorta, hace tres o cuatro años hubo un momento en que teníamos que tener algo preparado en tanto que organización clandestina.»

Así, el independentismo casi siempre en el fondo de las conciencias de los militantes desemboca por una parte en una relación ambigua con ETA: algunos sienten que se haya cargado tanto de temas revolucionarios. Por otra parte anora la idea, tantas veces rechazada en el seno del PNV, de un prolongamiento armado de la acción legal, por el propio PNV o, menos directamente, por ETA. Pero el independentismo que brota no deja de transformarse en un nacionalismo autolimitado, como los llamamientos a la lucha armada provocan du-

Militantes del PNV analizan la lucha armada

das y confusión antes de ser absorbidos por concepciones más moderadas de la acción.

No se trata para el PNV de pasar a la lucha armada, ni siquiera de tolerarla de manera discreta para presionar sobre Madrid. Expresión de una potente conciencia nacional, optó por afirmarla en el terreno de las instituciones. Tiene que oponerse a la lucha armada, por consiguiente, aunque encarne también significaciones nacionales. La opción política institucional instala al PNV en un nivel en que tiene que rechazar toda tentación de acatar por la fuerza y tiene que colaborar en la búsqueda de los medios para acabar, de una vez para siempre, con la lucha armada.

3.2. Negociar

¿No podría el PNV, y no debería ser el centro de negociaciones que permitieran solucionar el problema de la violencia? Es una aspiración que atraviesa siempre el discurso de los militantes de los dos grupos. Incitados por los investigadores, examinan esta salida de manera sistemática. Lo que caracteriza esos debates es que derrapan, como si fuera imposible examinar la propia negociación, como si la búsqueda de las soluciones a la violencia debiera pasar por otras vías. Es 10 que muestra el trabajo del grupo A.

Para negociar es necesario que los actores concernidos quieran participar en un proceso de discusión. Pero todos dicen que ETA no quiere negociar y HB presenta condiciones tales que es como si la rechazara. Sólo acepta una discusión a partir de la plataforma KAS. Además, se declaran convencidos de que al gobierno socialista tampoco le interesa negociar. En la coyuntura actual, ETA va de baja, diezmada por el GAL, debilitada por el cambio de actitud del gobierno francés y, según Lander, «el gobierno central se da cuenta de que ETA es débil y se dice: redoblemos nuestros golpes y va a morir». De todas formas, si ETA fuera fuerte tampoco querrían negociar los socialistas en el poder porque resuharía demasiado costoso para ellos. Después de levantar este acta, el espacio de la negociación aparece muy limitado. Por eso es por lo que le es fácil a Cotzon explicar que «al hablar de negociación servimos a los propósitos de ETA», y que «no hay más que una cosa que negociar: es la interrupción de la violencia», lo que equivale a no negociar. Y el grupo A busca otras soluciones.

Sin embargo, este grupo vuelve en varias ocasiones al tema. Una nueva tentativa para explorar la vía de la negociación es hecha por Edorta, que propone un cálculo estratégico: puesto que es para ETA YHB un arma de lucha que manejan muy bien sabiendo que no van a concluir ningún acuerdo, hay que hacer como ellos: «utilizar como un arma nosotros también y desenmascararlos ante el pueblo». Pero nadie sigue estas ideas; no se ve muy bien en qué podrían desembarcar. Las precisa, pues, él mismo. Fuera de la negociación el verdadero problema radica «en quitarle a ETA su apoyo popular», reducirla a una banda armada como la RAF en Alemania. Para conseguir esto hay que llevar a cabo acciones que no tienen nada que ver con una negociación. Otra vez se aparta el grupo de una solución negociada.

Lander, un parlamentario que conoce bien el problema de la reinserción de los *etarras* que quieren abandonar la lucha armada hace una tercera tentativa. Cree en la negociación y explica que «habría que tomar los cinco puntos de KAS, uno tras otro, para demostrar que se pueden interpretar de distintas maneras». Para él, el precio para acabar con la violencia es el reforzamiento de HB acordándole buena representatividad y ofreciéndole una inserción institucional clara.

Si se obtiene una tregua la relación con HB se solucionará «entre fuerzas democráticas». Lander combina este llamamiento a la negociación con propuestas concretas. Hay que inventar las modalidades de una salida digna para ETA y mejorar las posibilidades de reinserción para los *etarras* que pertenecen a la comunidad nacional, no hay que ocultarlo, y deben encontrar un puesto de trabajo y vivienda. Negociar significa también acabar con el exilio y las cárceles, los «dos caldos de cultivo» de la violencia, ofreciendo una salida decente no sólo a ETA en tanto que organización, sino también a los *etarras* individualmente. Lander dice que las circunstancias son propicias porque ETA está en las últimas.

Cuenta cómo, por primera vez, tres miembros de un comando, después de un «atracó lamentable», culpables de varios asesinatos prefirieron confesarlo todo y tener una pena de cárcel muy grave para no ser puestos en libertad y «tener que enrolarse de nuevo, y sin saber en qué términos».

El grupo escucha con atención a Lander y está dispuesto a seguirlo, al menos en lo de la reinserción: «Es nuestra quinta columna,

Militantes del PNV analizan la lucha armada

dice Edorta, les mina, es fundamental.» Todos están de acuerdo con él también cuando pide una salida digna para ETA. Pero aquí también se abandona en seguida el terreno de la negociación para estudiar modalidades de acciones capaces de debilitar la lucha armada. Gotzon afirma que si se aceptara la negociación a partir de los cinco puntos de la alternativa KAS «sería un triunfo fenomenal para ETA». Paulo, cuyo discurso sindical conocemos, precisa que el primer punto KAS, la emancipación de los trabajadores, «no puede negociarse con nosotros, sino con los poderes económicos que están muy alejados del pueblo vasco», y el grupo vuelve a su punto de partida: ETA no quiere negociar, y añade ahora que no hay que negociar con una organización que se arroga una representatividad o una legitimidad que no tiene.

Nunca, pues, el grupo A consigue estabilizarse en un proyecto de negociación con ETA y HB; siempre se orienta hacia otras actitudes que vamos a explorar con él y con el grupo B. Esta capacidad de instalarse en una perspectiva de solución negociada no significa, sin embargo, que la rechace, sino que ésta depende mucho más de los dirigentes del partido, de una acción en la cumbre, como se esbozara en la primavera de 1986, que de una presión de la base.

Para estos militantes, entre los cuales algunos tienen responsabilidades no despreciables en el PNV, sólo se acabará con la violencia debilitando el apoyo popular a ETA en cada uno de sus componentes. La negociación es un proceso estrictamente político; ellos quieren actuar más arriba de las relaciones estratégicas con ETA Y HB, Y muy lejos de toda represión policial en la que no creen mucho.

3.3. *¿Qué hacer?*

Nuestros dos grupos de intervención han aceptado, por una parte, ver en HB y ETA lugares de gestión de significantes nacionales, políticos y sociales, y por otra parte, han aceptado definirse también, ellos mismos, como portadores de significaciones que forman parte de las mismas categorías. Han opuesto su propia acción, institucional, a la de HB, rupturista. Ahora van a sacar fruto de estos análisis para definir mejor las modalidades de tratamiento de la violencia.

¿Se pretende nacionalista ETA? Tenemos, pues, que afirmar con más fuerza todavía nuestro propio nacionalismo, dicen varios mili-

tantes. Hay que insistir mucho más, dice Xatur, «en todo lo vasco, promover mucho más la lengua, los deportes vascos...», coger «la antorcha del nacionalismo», ser aún más determinado enfrente de Madrid, ser más «frontal», demostrar que «al abandonar la violencia se refuerzan las aspiraciones nacionales». Sin embargo, Idoia es más prudente. La euskaldunización a ultranza constituye un peligro; el bilingüismo es una «buena cosa», pero este IJamamiento a una apertura a Europa, este rechazo de una afirmación comunitaria encerrada en sí misma tiene poco peso frente a un discurso que quiere competir con ETA y debilitarla en lo que puede representar en el eje nacional.

¿ETA y HB son revolucionarios? Hay que marcar en la práctica todo lo que aportan al pueblo las instituciones nacidas del Estatuto de autonomía, crear en todas partes espacios de relación y de diálogo, aparecer como la garantía del desarrollo económico y social, acelerar «la dinámica de la participación, de la ciudadanía, de la vida democrática», reforzar la policía vasca muy bien aceptada por el pueblo, tener una buena gestión municipal y una justicia eficaz, modernizar la economía... Es necesario también, *vo!ens no!ens*, llevar a HB al sistema institucional, favorecer su legalización y quitarle de este modo, aunque sea sólo en parte, su elemento rupturista.

¿ETA y HB expresan demandas sociales? Hay que mostrar que, al contrario, se las debilitan, se las conducen a callejones sin salida, y «canalizar todos esos grupos sociales en el seno de nuestro partido», lo que implica que se comprendan mejor los movimientos sociales, lo que supone estar a la escucha de la juventud, tratar de describir el diálogo social, especialmente en la empresa: «Que ya no se eliminen los conflictos laborales, sino que se traten de modo civilizado...»

Estas declaraciones, aunque sean a menudo utópicas y demagógicas, indican una determinación a ocupar el terreno en cada uno de los tres ejes en que se juega la acción, con el propósito de descomponer el apoyo popular a ETA, convenciendo a los más nacionalistas, demostrando el carácter destructor de las ideologías revolucionarias y aduciendo la prueba de que existe la capacidad efectiva de favorecer el juego abierto de la vida social. Se trata, en resumidas cuentas, de «romper un conglomerado» afirmando una superioridad en cada uno de sus componentes, «denunciar» sus contradicciones para reducir a los protagonistas de la lucha armada a una banda militar

Militantes del PNV analizan la lucha armada

sin apoyo popular. El problema no es la violencia propiamente dicha; es tan sólo el de los 150.000 votos que en cada elección le reconocen una legitimidad. Pello, Xalba y otros se dicen agotados. Piden que no se les supervalore. No son misioneros, no pueden más si se trata de acabar con la violencia. El partido puede, cuanto más, mantener en alto, con firmeza, la bandera de una acción que al construir paso a paso la casa le irá quitando todo sentido al radicalismo y a la violencia.

Llegamos al final del trabajo de estos grupos. Al principio, el discurso espontáneo de los militantes orientaba a algunos de ellos hacia soluciones políticas, eventualmente negociadas, a la violencia.

Aceptando y utilizando las categorías esenciales de los investigadores, los grupos A y B proponen combatir la lucha armada esforzándose por descomponer lo que amalgama. La violencia no es un problema estrictamente político, aún menos policial, como atestigua el fracaso de Ander, un *ertzaina* que pide en vano al grupo B que acepte el principio de la denuncia de los *etarras*. La lucha armada funciona o integra tres grandes significaciones para los militantes de los grupos A y B, sea de debilitar -la revolución-, sea de canalizar hacia otras formas de expresión -las demandas sociales-, sea de asumir mejor -la Nación.

Esta investigación no se proponía un análisis de la práctica política del PNV y, al confirmar nuestras hipótesis sobre la índole de la lucha armada en Euzkadi, nos parece que ha logrado sus propósitos. Añadamos sólo que debería ser posible utilizar estos resultados para una lectura de la acción general del PNV y, sobre todo, para elaborar una historia de este partido, en la que los temas de independencia y de autonomía, de luchas de clases y de democracia siempre constituyeron la base de los principales debates y tensiones internas.